



LA VERDAD DE FALCONETTI

HACE ya casi una semana que España vive sin Falconetti. Se nos hace muy duro. De todo el largo melodrama del "Hombre rico, hombre pobre" era el único personaje humano y generoso, capaz de dar un sentido a su vida, y el único verdaderamente desgraciado. Estuvo cinco años en la cárcel, le pegaban todos, tenía un ojo de cristal, le encerraban en un cuarto lleno de cucarachas o en el caluroso sótano de la calefacción. Se parecía un poco al monstruo de Frankenstein, y los moralistas del cine nos han explicado siempre que se trataba de un monstruo bueno y desgraciado al que habían fabricado muy mal. También habían fabricado mal a Falconetti: le habla fabricado mal la emigración, la crueldad del "establishment", el desdén de la "élite". Se puede uno preguntar si hay una diferencia real entre Steepe, el millonario malo, y Jordache, el senador bueno. No estoy muy seguro, pese a la igualdad de oportunidades, de que se pueda salir de niño de panadería en barrio pobre y llegar a riquísimo fabricante de material de guerra para el Vietnam, a senador de los Estados Unidos —si no le llegan a matar sería presidente!— sin algo oscuro en la vida. Algo que no hemos visto en el telefilm, que ha pasado por detrás. El buen senador polígamo, viajero de Rolls, conocedor de finos licores y restaurantes, no aparece, finalmente, pese a la voluntad creadora del folletín, más que como la contrafigura de Falconetti.

Cuando, al final, escuchamos la voz, en "off", que nos cuenta cómo Jordache triunfó después de muerto, cómo le reivindicaba el Senado y la Casa Blanca, todavía seguimos viendo el oscuro callejón de Las Vegas donde yace, muerto, Falconetti, el italiano sin suerte, feo, torpe de movimientos y de cerebro, instrumento del destino, mano armada por otros, pequeño monstruo del laboratorio, sobrante del melting-pot que ha fabricado Estados Unidos. En torno a él, el juego, la prostitución, la mafia de Las Vegas sigue triunfando. Todo se perpetúa menos él. Jordache será un héroe con fama de caballero andante, los dos muchachos seguirán camino de otra tercera serie, el uno con su cantante famosa y arrepentida, el otro entre la tonta Ramona y la caliente Diana; dos viudas llorarán al senador y se casarán con otros. El pérfido falso Dietrich, el nazi disfrazado de judío, seguirá cultivando flores entre los franciscanos de Montreal. Cualquiera día les encontraremos, de nuevo, en la pantalla de nuestro televisor, explicándonos el liberalismo de los Estados Unidos, las posibilidades que tienen todos para llegar a ricos, el resplandor de la verdad sobre el mal.

Pero nunca volveremos a ver a Falconetti. Adiós, Falconetti, adiós. Siempre habrá un guionista en Los Angeles —o en el Senado, o en la Casa Blanca— capaces de derivar el mal hacia tu pobre persona torturada y torpe, hacia el rincón, el margen donde están los que, como tú, no tuvieron suerte en la vida. ■

POZUELO